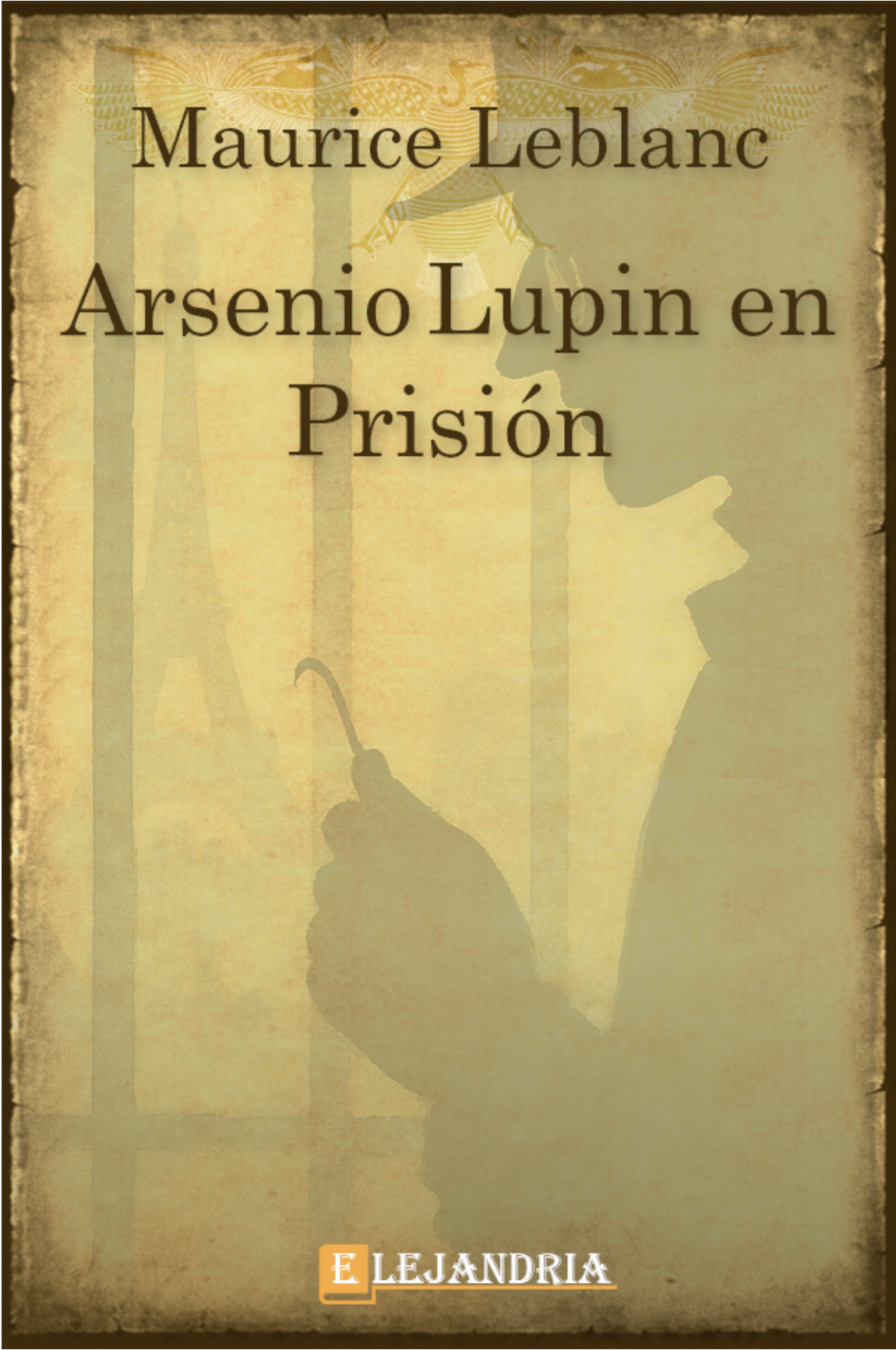


Maurice Leblanc  
Arsenio Lupin en  
Prisión

**E** LEJANDRIA



Maurice Leblanc  
Arsenio Lupin en  
Prisión

**E** LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

# ARSENIO LUPIN EN PRISIÓN

**MAURICE LEBLANC**

**PUBLICADO: 1905**  
**FUENTE: PROJECT GUTENBERG**  
**TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**  
**EDICIÓN ORIGINAL: ARSÈNE LUPIN, GENTLEMAN-  
CAMBRIOLEUR**

# ARSENIO LUPIN EN PRISIÓN

No hay turista digno de ese nombre que no conozca las orillas del Sena, y que no haya reparado, yendo de las ruinas de Jumièges a las de Saint-Wandrille, en el extraño y pequeño castillo feudal de Malaquis, tan orgullosamente asentado sobre su roca, en medio del río. El arco de un puente lo une a la carretera. La base de sus sombrías torrecillas se confunde con el granito que lo soporta, un bloque enorme desprendido de no se sabe qué montaña y arrojado allí por alguna formidable convulsión. A su alrededor, el agua tranquila del gran río juega entre los juncos, y las lavanderas tiemblan sobre la cresta húmeda de los guijarros.

La historia del Malaquis es ruda como su nombre, arisca como su silueta. No fue más que combates, asedios, asaltos, rapiñas y masacres. En las veladas del país de Caux, se evocan con un escalofrío los crímenes que allí se cometieron. Se cuentan misteriosas leyendas. Se habla del famoso subterráneo que conducía antaño a la abadía de Jumièges y al palacete de Agnès Sorel, la bella amiga de Carlos VII.

En esta antigua guarida de héroes y bandidos, habita el barón Nathan Cahorn, el barón Satán, como lo llamaban antaño en la Bolsa, donde se había enriquecido un poco demasiado deprisa. Los señores de Malaquis, arruinados, tuvieron que venderle, por un

pedazo de pan, la morada de sus ancestros. Allí ha instalado sus admirables colecciones de muebles y cuadros, de cerámicas y maderas talladas. Vive solo, con tres viejos criados. Nadie penetra jamás allí. Nadie ha contemplado nunca en la decoración de esas antiguas salas los tres Rubens que posee, sus dos Watteau, su púlpito de Jean Goujon y tantas otras maravillas arrancadas a golpe de billetes de banco a los más ricos asiduos de las subastas públicas.

El barón Satán tiene miedo. No tiene miedo por él, sino por los tesoros acumulados con una pasión tan tenaz y la perspicacia de un aficionado al que los más taimados de los marchantes no pueden jactarse de haber engañado. Los ama, sus cachivaches. Los ama ásperamente, como un avaro; celosamente, como un enamorado.

Cada día, a la puesta del sol, las cuatro puertas acorazadas de hierro que custodian los dos extremos del puente y la entrada al patio de honor, son cerradas y atrancadas. Al menor golpe, timbres eléctricos vibrarían en el silencio. Por el lado del Sena, nada que temer: la roca se alza allí a pico.

Pues bien, un viernes de septiembre, el cartero se presentó como de costumbre a la cabecera del puente. Y, según la regla cotidiana, fue el barón quien entreabrió el pesado batiente.

Examinó al hombre tan minuciosamente como si no conociera ya, desde hacía años, aquel buen rostro alegre y aquellos ojos socarrones de campesino, y el hombre le dijo riendo:

—Sigo siendo yo, señor barón. No soy otro que se ha puesto mi blusa y mi gorra.

—¿Acaso se sabe? —murmuró Cahorn.

El cartero le entregó una pila de periódicos. Luego añadió:

—Y ahora, señor barón, hay una novedad.

—¿Una novedad?

—Una carta... y certificada, además.

Aislado, sin amigo ni persona que se interesara por él, el barón no recibía nunca una carta, y aquello le pareció de inmediato un acontecimiento de mal agüero del que había que preocuparse. ¿Quién era ese misterioso corresponsal que venía a importunarlo en su retiro?

—Tiene que firmar, señor barón.

Firmó refunfuñando. Luego tomó la carta, esperó a que el cartero desapareciera al doblar la carretera, y tras dar unos pasos de un lado a otro, se apoyó en el parapeto del puente y rasgó el sobre. Contenía una hoja de papel cuadriculado con este encabezado manuscrito: Cárcel de la Santé, París. Miró la firma: Arsène Lupin. Estupefacto, leyó:

«Señor barón,

»Hay, en la galería que une sus dos salones, un cuadro de Philippe de Champaigne de excelente factura y que me agrada infinitamente. Sus Rubens son también de mi gusto, así como su Watteau más pequeño. En el salón de la derecha, anoto la credencia Luis XIII, los tapices de Beauvais, el velador Imperio firmado por Jacob y el bargueño Renacimiento. En el de la izquierda, toda la vitrina de las joyas y las miniaturas.

»Por esta vez, me contentaré con estos objetos que, creo, serán fáciles de colocar. Le ruego, pues, que los haga embalar convenientemente y los expida a mi nombre (a portes pagados), a la estación de Batignolles, antes de ocho días... de lo contrario, procederé yo mismo a su mudanza en la noche del miércoles 27 al jueves 28 de septiembre. Y, como es natural, no me contentaré con los objetos arriba indicados.

»Le ruego que disculpe la pequeña molestia que le causo y acepte la expresión de mis sentimientos de respetuosa consideración.

»ARSÈNE LUPIN.»

«P.D. —Sobre todo no me envíe el más grande de los Watteau. Aunque usted lo pague treinta mil francos en la Casa de Subastas,

no es más que una copia, ya que el original fue quemado, bajo el Directorio, por Barras, una noche de orgía. Consulte las Memorias inéditas de Garat.

»Tampoco me interesa la castellana Luis XV cuya autenticidad me parece dudosa.»

Esta carta trastornó al barón Cahorn. Firmada por cualquier otro, ya lo habría alarmado considerablemente, ipero firmada por Arsène Lupin!

Lector asiduo de los periódicos, al corriente de todo lo que ocurría en el mundo en materia de robos y crímenes, no ignoraba nada de las hazañas del infernal ladrón. Ciertamente, sabía que Lupin, arrestado en América por su enemigo Ganimard, estaba bien encarcelado, que se estaba instruyendo su proceso —icon cuánta dificultad!—.

Pero también sabía que de él se podía esperar cualquier cosa. Además, ese conocimiento exacto del castillo, de la disposición de los cuadros y los muebles, era un indicio de lo más temible. ¿Quién le había informado de cosas que nadie había visto?

El barón alzó los ojos y contempló la silueta fiera del Malaquis, su pedestal abrupto, el agua profunda que lo rodea, y se encogió de hombros. No, decididamente, no había peligro alguno. Nadie en el mundo podía penetrar hasta el santuario inviolable de sus colecciones.

Nadie, de acuerdo, ¿pero Arsène Lupin? Para Arsène Lupin, ¿acaso existen puertas, puentes levadizos, murallas? ¿De qué sirven los obstáculos mejor imaginados, las precauciones más hábiles, si Arsène Lupin ha decidido alcanzar un objetivo?

Esa misma noche, escribió al fiscal de la República en Ruán. Le envió la carta de amenazas y reclamó ayuda y protección.

La respuesta no se hizo esperar: estando el susodicho Arsène Lupin actualmente detenido en la Santé, vigilado de cerca e imposibilitado para escribir, la carta no podía ser más que obra de un

mistificador. Todo lo demostraba, la lógica y el buen sentido, así como la realidad de los hechos. Sin embargo, y por exceso de prudencia, se había encargado a un perito el examen de la escritura, y el perito declaraba que, a pesar de ciertas analogías, esa escritura no era la del detenido.

«A pesar de ciertas analogías», el barón no retuvo más que esas tres palabras aterradoras, en las que vio la confesión de una duda que, por sí sola, debería haber bastado para que la justicia interviniera. Sus temores se exasperaron. No dejaba de releer la carta. «Procederé yo mismo a la mudanza». ¡Y esa fecha precisa: la noche del miércoles 27 al jueves 28 de septiembre!...

Receloso y taciturno, no se había atrevido a confiarse a sus criados, cuya lealtad no le parecía a salvo de toda prueba. Sin embargo, por primera vez en años, sentía la necesidad de hablar, de pedir consejo. Abandonado por la justicia de su país, ya no esperaba defenderse con sus propios recursos, y estuvo a punto de ir hasta París y de implorar la asistencia de algún antiguo policía.

Pasaron dos días. Al tercero, leyendo sus periódicos, se estremeció de alegría. El Réveil de Caudebec publicaba esta breve nota:

«Tenemos el placer de contar entre nosotros, desde hace casi tres semanas, con el inspector principal Ganimard, uno de los veteranos del servicio de la Sûreté. El señor Ganimard, a quien el arresto de Arsène Lupin, su última proeza, le ha valido una reputación europea, descansa de sus largas fatigas pescando gobios y alburnos.»

¡Ganimard! ¡Ahí estaba el auxiliar que buscaba el barón Cahorn! ¿Quién mejor que el retorcido y paciente Ganimard sabría desbaratar los planes de Lupin?

El barón no dudó. Seis kilómetros separan el castillo de la pequeña ciudad de Caudebec. Los recorrió con paso alegre, como un hombre sobreexcitado por la esperanza de la salvación.

Tras varios intentos infructuosos por conocer la dirección del inspector principal, se dirigió a las oficinas del Réveil, situadas en

medio del muelle. Allí encontró al redactor de la nota, quien, acercándose a la ventana, exclamó:

—¿Ganimard? Pero seguro que lo encuentra usted a lo largo del muelle, con la caña en la mano. Fue allí donde trabamos conocimiento, y donde leí por casualidad su nombre grabado en la caña de pescar. Mire, el viejecito que se ve allá abajo, bajo los árboles del paseo.

—¿Con levita y sombrero de paja?

—¡Exacto! ¡Ah, un tipo curioso, poco hablador y más bien rudo!

Cinco minutos después, el barón abordaba al célebre Ganimard, se presentaba e intentaba entablar conversación. Al no conseguirlo, abordó francamente la cuestión y expuso su caso.

El otro escuchó, inmóvil, sin perder de vista el pez que acechaba, luego volvió la cabeza hacia él, lo midió de pies a cabeza con un aire de profunda piedad, y sentenció:

—Señor, no es costumbre avisar a la gente a la que se quiere desvalijar. Arsène Lupin, en particular, no comete semejantes torpezas.

—Sin embargo...

—Señor, si tuviera la menor duda, créame que el placer de meter de nuevo entre rejas a ese querido Lupin se impondría a cualquier otra consideración. Por desgracia, ese joven está bajo llave.

—¿Y si se escapa?...

—Nadie se escapa de la Santé.

—Pero él...

—Él, no más que otro.

—Sin embargo...

—Bueno, si se escapa, tanto mejor, lo volveré a atrapar. Mientras tanto, duerma usted a pierna suelta, y no espante más a ese alburno.

La conversación había terminado. El barón regresó a su casa, un poco tranquilizado por la despreocupación de Ganimard. Verificó las cerraduras, espió a los criados, y pasaron otras cuarenta y ocho horas durante las cuales casi llegó a persuadirse de que, a fin de cuentas, sus temores eran quiméricos. No, decididamente, como había dicho Ganimard, no se avisa a la gente a la que se quiere desvalijar.

La fecha se acercaba. La mañana del martes, víspera del 27, nada particular. Pero a las tres, sonó un muchacho. Traía un telegrama.

«Ningún paquete en estación Batignolles. Prepárelo todo para mañana noche.

»ARSÈNE.»

De nuevo, fue el pánico, hasta tal punto que se preguntó si no cedería a las exigencias de Arsène Lupin.

Corrió a Caudebec. Ganimard pescaba en el mismo lugar, sentado en un taburete plegable. Sin una palabra, le tendió el telegrama.

—¿Y bien? —dijo el inspector.

—¿Bien? ¡Pero si es para mañana!

—¿El qué?

—¡El robo! ¡El saqueo de mis colecciones!

Ganimard dejó la caña, se volvió hacia él y, con los brazos cruzados sobre el pecho, exclamó con tono de impaciencia:

—¡Ah, vamos! ¿Se imagina usted que voy a ocuparme de una historia tan estúpida?

—¿Qué indemnización pide por pasar la noche del 27 al 28 de septiembre en el castillo?

—Ni un céntimo, déjeme en paz.

—Fije su precio, soy rico, extremadamente rico.

La brutalidad de la oferta desconcertó a Ganimard, que repuso, más calmado:

—Estoy aquí de permiso y no tengo derecho a meterme...

—Nadie lo sabrá. Me comprometo, pase lo que pase, a guardar silencio.

—¡Oh, no pasará nada!

—Bueno, veamos, tres mil francos, ¿es suficiente?

El inspector aspiró un polvo de rapé, reflexionó, y dejó caer:

—De acuerdo. Solo que debo declararle lealmente que es dinero tirado por la ventana.

—Me da igual.

—En ese caso... Y además, después de todo, ¡quién sabe con ese diablo de Lupin! Debe de tener a sus órdenes a toda una banda... ¿Está usted seguro de sus criados?

—Pues...

—Entonces, no contemos con ellos. Voy a avisar por telegrama a dos mozos de mis amigos que nos darán más seguridad... Y ahora, váyase, que no nos vean juntos. Hasta mañana, sobre las nueve.

---

Al día siguiente, fecha fijada por Arsène Lupin, el barón Cahorn descolgó su panoplia, bruñó sus armas y paseó por los alrededores de Malaquis. Nada equívoco llamó su atención.

Por la noche, a las ocho y media, despidió a sus criados. Vivían en un ala que daba a la carretera, pero un poco retirada, y en el extremo del castillo. Una vez solo, abrió suavemente las cuatro puertas. Al cabo de un momento, oyó unos pasos que se acercaban.

Ganimard presentó a sus dos auxiliares, unos tipos grandes y sólidos, con cuello de toro y manos poderosas, y luego pidió ciertas explicaciones. Habiéndose hecho una idea de la disposición del lugar,

cerró cuidadosamente y atrancó todas las salidas por las que se podía penetrar en las salas amenazadas. Inspeccionó los muros, levantó los tapices, y finalmente instaló a sus agentes en la galería central.

—Nada de tonterías, ¿eh? No estamos aquí para dormir. A la menor alerta, abran las ventanas del patio y llámenme. Cuidado también por el lado del agua. Diez metros de acantilado vertical, a diablos de su calibre, eso no los asusta.

Los encerró, se llevó las llaves y le dijo al barón:

—Y ahora, a nuestro puesto.

Había elegido, para pasar la noche, una pequeña habitación construida en el espesor de las murallas del recinto, entre las dos puertas principales, y que había sido antiguamente el puesto del vigilante. Una mirilla daba al puente, otra al patio. En un rincón se veía algo así como la boca de un pozo.

—Me dijo usted, señor barón, que este pozo era la única entrada a los subterráneos, y que, desde que hay memoria de hombre, está taponada, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces, a menos que exista otra salida ignorada por todos, salvo por Arsène Lupin, lo que parece un poco problemático, estamos tranquilos.

Alineó tres sillas, se tumbó cómodamente, encendió su pipa y suspiró:

—La verdad, señor barón, tengo que tener muchas ganas de añadir un piso a la casita donde debo terminar mis días, para aceptar una tarea tan elemental. Le contaré la historia a mi amigo Lupin, se partirá de risa.

El barón no reía. Con el oído atento, interrogaba el silencio con una inquietud creciente. De vez en cuando se inclinaba sobre el pozo y hundía en el agujero un ojo ansioso.

Sonaron las once, las doce, la una.

De repente, agarró el brazo de Ganimard, que se despertó sobresaltado.

—¿Oye usted?

—Sí.

—¿Qué es?

—¡Soy yo, que ronco!

—No, no, escuche...

—¡Ah, perfectamente, es la bocina de un automóvil!

—¿Y bien?

—Pues bien, es poco probable que Lupin utilice un automóvil como ariete para demoler su castillo. Así que, señor barón, en su lugar, yo dormiría... como voy a tener el honor de hacer de nuevo. Buenas noches.

Fue la única alerta. Ganimard pudo reanudar su sueño interrumpido, y el barón no oyó más que su ronquido sonoro y regular.

Al amanecer, salieron de su celda. Una gran paz serena, la paz de la mañana junto al agua fresca, envolvía el castillo. Cahorn, radiante de alegría, y Ganimard, siempre apacible, subieron la escalera. Ningún ruido. Nada sospechoso.

—¿Qué le había dicho, señor barón? En el fondo, no debería haber aceptado... Estoy avergonzado...

Tomó las llaves y entró en la galería.

Sobre dos sillas, encorvados, con los brazos colgando, los dos agentes dormían.

—¡Maldita sea! —gruñó el inspector.

En el mismo instante, el barón lanzó un grito:

—¡Los cuadros!... ¡la credencia!...

Balbuzeaba, sofocado, con la mano extendida hacia los lugares vacíos, hacia los muros desnudos donde asomaban los clavos, de donde colgaban las cuerdas inútiles. ¡El Watteau, desaparecido! ¡Los Rubens, sustraídos! ¡Los tapices, descolgados! ¡Las vitrinas, vaciadas de sus joyas!

—¡Y mis candelabros Luis XVI!... ¡y el candelero de la Regencia!... ¡y mi Virgen del siglo XII!...

Corría de un lugar a otro, despavorido, desesperado. Recordaba sus precios de compra, sumaba las pérdidas sufridas, acumulaba cifras, todo ello de forma atropellada, con palabras indistintas, con frases inacabadas. Pateaba, se convulsionaba, loco de rabia y de dolor. Parecía un hombre arruinado al que solo le queda pegarse un tiro.

Si algo hubiera podido consolarlo, habría sido ver el estupor de Ganimard. Al contrario que el barón, el inspector no se movía. Parecía petrificado, y con una mirada vaga examinaba las cosas. ¿Las ventanas? Cerradas. ¿Las cerraduras de las puertas? Intactas. Ninguna brecha en el techo. Ningún agujero en el suelo. El orden era perfecto. Todo aquello debía de haberse efectuado metódicamente, según un plan inexorable y lógico.

—Arsène Lupin... Arsène Lupin —murmuró, derrumbado.

De repente, saltó sobre los dos agentes, como si la cólera lo sacudiera por fin, y los zarandeó furiosamente y los injurió. ¡No se despertaron!

—¡Diablos! —dijo—. ¿Será que por casualidad...?

Se inclinó sobre ellos y, uno tras otro, los observó con atención: dormían, pero con un sueño que no era natural.

Le dijo al barón:

—Los han dormido.

—¿Pero quién?

—¡Pues él, por supuesto!... o su banda, pero dirigida por él. Es un golpe a su manera. Lleva su sello.

—En ese caso, estoy perdido, no hay nada que hacer.

—Nada que hacer.

—Pero es abominable, es monstruoso.

—Presente una denuncia.

—¿Para qué?

—¡Hombre! Inténtelo siempre... la justicia tiene recursos...

—¡La justicia! Pero si lo ve usted mismo... Mire, en este momento, en que podría buscar un indicio, descubrir algo, ni siquiera se mueve.

—¡Descubrir algo con Arsène Lupin! Pero, mi querido señor, ¡Arsène Lupin no deja nunca nada tras de sí! ¡No hay casualidades con Arsène Lupin! ¡Llego a preguntarme si no fue voluntariamente que se dejó arrestar por mí en América!

—Entonces, ¡debo renunciar a mis cuadros, a todo! Pero si son las perlas de mi colección lo que me ha robado. Daría una fortuna por recuperarlas. Si no se puede hacer nada contra él, ¡que ponga un precio!

Ganimard lo miró fijamente.

—Esa es una palabra sensata. ¿No la retira?

—No, no, no. ¿Pero por qué?

—Una idea que tengo.

—¿Qué idea?

—Habla de ello si la investigación no llega a nada... Solo que, ni una palabra sobre mí, si quiere que tenga éxito.

Añadió entre dientes:

—Y además, la verdad, no tengo de qué jactarme.

Los dos agentes recuperaban poco a poco el conocimiento con ese aire aturdido de quienes salen de un sueño hipnótico. Abrían los ojos asombrados, intentaban comprender. Cuando Ganimard los interrogó, no recordaban nada.

—Sin embargo, ¿han tenido que ver a alguien?

—No.

—¿Recuerdan?

—No, no.

—¿Y no han bebido?

Reflexionaron, y uno de ellos respondió:

—Sí, yo he bebido un poco de agua.

—¿Agua de esta jarra?

—Sí.

—Yo también —declaró el segundo.

Ganimard la olió, la probó. No tenía ningún sabor especial, ningún olor.

—Vamos —dijo—, estamos perdiendo el tiempo. No es en cinco minutos como se resuelven los problemas que plantea Arsène Lupin. Pero, ¡pardiez!, juro que lo volveré a atrapar. Él gana el segundo asalto. ¡A mí la revancha!

Ese mismo día, una denuncia por robo cualificado fue presentada por el barón de Cahorn contra Arsène Lupin, idetenido en la Santé!

---

De esa denuncia, el barón se arrepintió a menudo cuando vio el Malaquis entregado a los gendarmes, al fiscal, al juez de instrucción, a los periodistas, a todos los curiosos que se inmiscuyen por doquier no deberían estar.

El asunto ya apasionaba a la opinión pública. Se producía en condiciones tan particulares, el nombre de Arsène Lupin excitaba hasta tal punto la imaginación, que las historias más fantasiosas llenaban las columnas de los periódicos y encontraban crédito entre el público.

Pero la carta inicial de Arsène Lupin, que publicó el *Écho de France* (y nadie supo jamás quién había comunicado el texto), esa carta en la que se advertía descaradamente al barón Cahorn de lo que le amenazaba, causó una emoción considerable. De inmediato se propusieron explicaciones fabulosas. Se recordó la existencia de los famosos subterráneos. Y la fiscalía, influenciada, orientó sus investigaciones en ese sentido.

Se registró el castillo de arriba abajo. Se interrogó a cada una de las piedras. Se estudiaron los revestimientos de madera y las chimeneas, los marcos de los espejos y las vigas de los techos. A la luz de las antorchas, se examinaron las inmensas bodegas donde los señores de Malaquis apilaban antaño sus municiones y provisiones. Se sondearon las entrañas de la roca. Fue en vano. No se descubrió el menor vestigio de subterráneo. No existía ningún pasadizo secreto.

De acuerdo, se respondía por todas partes, pero los muebles y los cuadros no se desvanecen como fantasmas. Salen por puertas y ventanas, y la gente que se los lleva, entra y sale igualmente por puertas y ventanas. ¿Quiénes son esas personas? ¿Cómo entraron? ¿Y cómo salieron?

La fiscalía de Ruán, convencida de su impotencia, solicitó la ayuda de agentes parisinos. El señor Dudouis, jefe de la *Sûreté*, envió a sus mejores sabuesos de la brigada de hierro. Él mismo pasó cuarenta y ocho horas en Malaquis. Tampoco tuvo más éxito.

Fue entonces cuando mandó llamar al inspector principal Ganimard, cuyos servicios había tenido ocasión de apreciar tan a menudo.

Ganimard escuchó silenciosamente las instrucciones de su superior, luego, moviendo la cabeza, sentenció:

—Creo que se está siguiendo una pista falsa al obstinarse en registrar el castillo. La solución está en otra parte.

—¿Y dónde, pues?

—En Arsène Lupin.

—¡En Arsène Lupin! Suponer eso es admitir su intervención.

—La admito. Es más, la considero cierta.

—Vamos, Ganimard, es absurdo. Arsène Lupin está en la cárcel.

—Arsène Lupin está en la cárcel, de acuerdo. Está vigilado, se lo concedo. Pero aunque tuviera grilletes en los pies, cuerdas en las muñecas y una mordaza en la boca, no cambiaría de opinión.

—¿Y por qué esa obstinación?

—Porque, solo Arsène Lupin tiene la talla para combinar una maquinaria de esta envergadura, y combinarla de tal manera que tenga éxito... como lo ha tenido.

—¡Palabras, Ganimard!

—Que son realidades. Pero la cuestión es que no hay que buscar subterráneos, ni piedras que giran sobre un eje, ni otras patrañas de ese calibre. Nuestro individuo no emplea procedimientos tan anticuados. Es de hoy, o más bien de mañana.

—¿Y su conclusión?

—Concluyo pidiéndole claramente autorización para pasar una hora con él.

—¿En su celda?

—Sí. A la vuelta de América mantuvimos, durante la travesía, excelentes relaciones, y me atrevo a decir que siente cierta simpatía por quien supo arrestarlo. Si puede informarme sin comprometerse, no dudará en evitarme un viaje inútil.

Era algo más de mediodía cuando Ganimard fue introducido en la celda de Arsène Lupin. Este, tumbado en su cama, levantó la cabeza y lanzó un grito de alegría.

—¡Ah, esta sí que es una verdadera sorpresa! ¡El querido Ganimard, aquí!

—Él mismo.

—Deseaba muchas cosas en el retiro que he elegido... pero ninguna con más pasión que recibirle aquí.

—Demasiado amable.

—No, no, le profeso la más viva estima.

—Me enorgullece.

—Siempre lo he sostenido: Ganimard es nuestro mejor detective. Vale casi —¡ya ve qué franco soy!—, vale casi tanto como Sherlock Holmes. Pero, la verdad, lamento no tener que ofrecerle más que este taburete. ¡Y ni un refresco! ¡Ni un vaso de cerveza! Discúlpeme, estoy aquí de paso.

Ganimard se sentó sonriendo, y el prisionero reanudó, feliz de hablar:

—¡Dios mío, qué contento estoy de descansar la vista en el rostro de un hombre honrado! ¡Estoy harto de todas estas caras de espías y soplones que me registran los bolsillos y mi modesta celda diez veces al día para asegurarse de que no preparo una evasión! ¡Caramba, cómo se preocupa el gobierno por mí!...

—Tiene razón.

—¡Pues no! ¡Sería tan feliz si me dejaran vivir en mi pequeño rincón!

—Con las rentas de los demás.

—¿Verdad? ¡Sería tan simple! Pero estoy charlando, diciendo tonterías, y usted quizá tenga prisa. ¡Vayamos al grano, Ganimard! ¿A qué debo el honor de su visita?

—Al asunto Cahorn —declaró Ganimard, sin rodeos.

—¡Alto ahí! Un segundo... ¡Es que tengo tantos asuntos! Deje que encuentre primero en mi cerebro el expediente del asunto Cahorn... ¡Ah, ya está, aquí lo tengo! Asunto Cahorn, castillo de Malaquis, Sena Inferior... Dos Rubens, un Watteau y algunos objetos menudos.

—¡Menudos!

—¡Oh, a fe mía, todo eso es de mediocre importancia. ¡Hay cosas mejores! Pero basta con que el asunto le interese... Hable, pues, Ganimard.

—¿Debo explicarle en qué punto estamos de la instrucción?

—Inútil. He leído los periódicos de esta mañana. Me permitiré incluso decirle que no avanzan ustedes muy deprisa.

—Esa es precisamente la razón por la que recurro a su amabilidad.

—Enteramente a sus órdenes.

—En primer lugar, esto: ¿el asunto ha sido dirigido por usted?

—De la A a la Z.

—¿La carta de aviso? ¿El telegrama?

—De su servidor. Debo incluso tener por alguna parte los recibos.

Arsène abrió el cajón de una pequeña mesa de madera blanca que componía, con la cama y el taburete, todo el mobiliario de su celda, tomó dos trozos de papel y se los tendió a Ganimard.

—¡Ah, pero bueno! —exclamó este—, creía que lo tenían vigilado y lo registraban por cualquier cosa. Y resulta que lee usted los periódicos, colecciona los recibos de correos...

—¡Bah! ¡Esa gente es tan tonta! Descosen el forro de mi chaqueta, exploran las suelas de mis botines, auscultan las paredes de esta habitación, pero a ninguno se le ocurriría que Arsène Lupin fuera tan necio como para elegir un escondite tan fácil. Fue precisamente con eso con lo que conté.

Ganimard, divertido, exclamó:

—¡Qué tipo más curioso es usted! Me desconcierta. Vamos, cuénteme la aventura.

—¡Oh, oh! ¡Menudas prisas! ¿Iniciarle en todos mis secretos... revelarle mis pequeños trucos?... Es algo muy serio.

—¿Me equivoqué al contar con su complacencia?

—No, Ganimard, y puesto que insiste...

Arsène Lupin se paseó dos o tres veces por su celda, luego, deteniéndose:

—¿Qué piensa de mi carta al barón?

—Pienso que ha querido divertirse, impresionar un poco a la galería.

—¡Ah, eso, impresionar a la galería! Pues le aseguro, Ganimard, que lo creía más astuto. ¿Acaso me entretengo yo en esas puerilidades, yo, Arsène Lupin? ¿Habría escrito esa carta si hubiera podido desvalijar al barón sin escribirle? Pero comprenda de una vez, usted y los demás, que esa carta es el punto de partida indispensable, el resorte que puso toda la maquinaria en marcha. Veamos, procedamos por orden, y preparemos juntos, si quiere, el robo del Malaquis.

—Le escucho.

—Entonces, supongamos un castillo rigurosamente cerrado, atrincherado, como lo estaba el del barón Cahorn. ¿Voy a abandonar la partida y a renunciar a tesoros que codicio, con el pretexto de que el castillo que los contiene es inaccesible?

—Evidentemente, no.

—¿Voy a intentar el asalto como antaño, al frente de una tropa de aventureros?

—¡Infantil!

—¿Voy a introducirme sigilosamente?

—Imposible.

—Queda un medio, el único en mi opinión: que me invite el propietario de dicho castillo.

—El medio es original.

—¡Y qué fácil! Supongamos que un día, dicho propietario recibe una carta, advirtiéndole de lo que trama contra él un tal Arsène Lupin, ladrón de renombre. ¿Qué hará?

—Enviaré la carta al fiscal.

—Quien se burlará de él, puesto que dicho Lupin está actualmente entre rejas. Por lo tanto, pánico del buen hombre, que está dispuesto a pedir socorro al primero que pase, ¿no es así?

—Eso está fuera de toda duda.

—Y si por casualidad lee en un periodicucho que un célebre policía está de veraneo en la localidad vecina...

—Iré a dirigirme a ese policía.

—Usted lo ha dicho. Pero, por otra parte, admitamos que, en previsión de ese paso inevitable, Arsène Lupin haya pedido a uno de sus amigos más hábiles que se instale en Caudebec, que entre en relaciones con un redactor del Réveil, periódico al que está abonado el barón, y que dé a entender que es fulano, el célebre policía, ¿qué ocurrirá?

—Que el redactor anunciará en el Réveil la presencia en Caudebec de dicho policía.

—Perfecto, y de dos cosas una: o bien el pez —quiero decir Cahorn— no muerde el anzuelo, y entonces no pasa nada. O bien, y es la hipótesis más verosímil, acude corriendo, todo alborotado. ¡Y ahí tenemos a mi Cahorn implorando contra mí la ayuda de uno de mis amigos!

—Cada vez más original.

—Por supuesto, el pseudopolicía rechaza primero su ayuda. Acto seguido, telegrama de Arsène Lupin. Espanto del barón, que suplica de nuevo a mi amigo y le ofrece una suma por velar por su seguridad. Dicho amigo acepta, trae a dos mozos de nuestra banda que, por la noche, mientras Cahorn es vigilado por su protector, se llevan por la ventana un cierto número de objetos y los deslizan, con ayuda de cuerdas, a una buena barquita fletada ad hoc. Es simple como Lupin.

—Y es sencillamente maravilloso —exclamó Ganimard—, y no sabría alabar lo suficiente la audacia de la concepción y la ingeniosidad de los detalles. Pero no veo a ningún policía lo bastante ilustre como para que su nombre haya podido atraer, sugestionar al barón hasta ese punto.

—Hay uno, y solo hay uno.

—¿Cuál?

—El del más ilustre, el del enemigo personal de Arsène Lupin, en resumen, el del inspector Ganimard.

—¡Yo!

—Usted mismo, Ganimard. Y esto es lo delicioso: si va usted allí y el barón se decide a hablar, acabará por descubrir que su deber es arrestarse a sí mismo, como usted me arrestó a mí en América. ¡Eh! La revancha es cómica: ¡hago que Ganimard arreste a Ganimard!

Arsène Lupin reía de buena gana. El inspector, bastante molesto, se mordía los labios. La broma no le parecía merecedora de tales ataques de risa.

La llegada de un guardián le dio tiempo a reponerse. El hombre traía la comida que Arsène Lupin, por favor especial, hacía venir del restaurante vecino. Habiendo depositado la bandeja sobre la mesa, se retiró. Arsène se instaló, partió su pan, comió dos o tres bocados y reanudó:

—Pero, esté tranquilo, mi querido Ganimard, no irá usted allí. Voy a revelarle algo que lo dejará estupefacto: el asunto Cahorn está a

punto de ser archivado.

—¡Cómo!

—A punto de ser archivado, le digo.

—¡Vamos! Acabo de dejar al jefe de la Sûreté.

—¿Y qué? ¿Acaso el señor Dudouis sabe más que yo sobre lo que me concierne? Se enterará de que Ganimard —discúlpeme— que el pseudo-Ganimard ha quedado en muy buenos términos con el barón. Este, y es la razón principal por la que no ha confesado nada, le ha encargado la muy delicada misión de negociar conmigo un acuerdo y, a estas horas, a cambio de una cierta suma, es probable que el barón haya recuperado sus queridos cachivaches. A cambio de lo cual, retirará su denuncia. Por lo tanto, no hay robo. Por lo tanto, la fiscalía tendrá que abandonar...

Ganimard consideró al detenido con aire estupefacto.

—¿Y cómo sabe usted todo eso?

—Acabo de recibir el telegrama que esperaba.

—¿Acaba de recibir un telegrama?

—Al instante, querido amigo. Por cortesía, no he querido leerlo en su presencia. Pero si me lo autoriza...

—Se está usted burlando de mí, Lupin.

—Tenga la amabilidad, mi querido amigo, de descabezar suavemente este huevo pasado por agua. Comprobará por sí mismo que no me burlo de usted.

Maquinalmente, Ganimard obedeció, y rompió el huevo con la hoja de un cuchillo. Un grito de sorpresa se le escapó. La cáscara, vacía, contenía una hoja de papel azul. A ruego de Arsène, la desdobló. Era un telegrama, o más bien una parte de telegrama al que se le habían arrancado las indicaciones de la oficina de correos. Leyó:

«Acuerdo cerrado. Cien mil francos entregados. Todo bien.»

—¿Cien mil francos? —dijo.

—¡Sí, cien mil francos! Es poco, pero en fin, los tiempos son duros... ¡Y tengo unos gastos generales tan elevados! Si conociera usted mi presupuesto... ¡un presupuesto de gran ciudad!

Ganimard se levantó. Su mal humor se había disipado. Reflexionó unos segundos, abarcó de una ojeada todo el asunto, para tratar de descubrir su punto débil. Luego, sentenció con un tono en el que dejaba traslucir francamente su admiración de concededor:

—Por suerte, no existen docenas como usted, si no, no quedaría más que cerrar el negocio.

Arsène Lupin adoptó un aire modesto y respondió:

—¡Bah! Había que distraerse, ocupar el tiempo libre... tanto más cuanto que el golpe solo podía tener éxito si yo estaba en la cárcel.

—¡Cómo! —exclamó Ganimard—. ¿Su proceso, su defensa, la instrucción, todo eso no le basta para distraerse?

—No, porque he resuelto no asistir a mi proceso.

—¡Oh, oh!

Arsène Lupin repitió sosegadamente:

—No asistiré a mi proceso.

—¡De veras!

—¡Ah, vamos, mi querido amigo! ¿Se imagina usted que voy a pudrirme sobre la paja húmeda? Me ultraja usted. Arsène Lupin no permanece en la cárcel más que el tiempo que le place, y ni un minuto más.

—Quizá hubiera sido más prudente empezar por no entrar en ella —objetó el inspector con tono irónico.

—¡Ah! ¿El señor bromea? ¿El señor recuerda que tuvo el honor de proceder a mi arresto? Sepa, mi respetable amigo, que nadie, ni usted ni ningún otro, habría podido ponerme la mano encima si un

interés mucho más considerable no me hubiera solicitado en ese momento crítico.

—Me asombra.

—Una mujer me miraba, Ganimard, y yo la amaba. ¿Comprende usted todo lo que hay en el hecho de ser mirado por una mujer a la que se ama? El resto me importaba poco, se lo juro. Y por eso estoy aquí.

—Desde hace mucho tiempo, permítame señalarlo.

—Quería olvidar primero. No se ría: la aventura había sido encantadora, y todavía guardo de ella un tierno recuerdo... Y además, isoy un poco neurasténico! ¡La vida es tan febril en nuestros días! Hay que saber, en ciertos momentos, hacer lo que se llama una cura de aislamiento. Este lugar es soberano para los regímenes de este tipo. Aquí se practica la cura de la Santé en todo su rigor.

—Arsène Lupin —observó Ganimard—, se está usted burlando de mí.

—Ganimard —afirmó Lupin—, hoy es viernes. El próximo miércoles, iré a fumar mi cigarro a su casa, en la rue Pergolèse, a las cuatro de la tarde.

—Arsène Lupin, le espero.

Se estrecharon la mano como dos buenos amigos que se estiman en su justo valor, y el viejo policía se dirigió hacia la puerta.

—¡Ganimard!

Este se volvió.

—¿Qué hay?

—Ganimard, olvida usted su reloj.

—¿Mi reloj?

—Sí, se ha extraviado en mi bolsillo.

Se lo devolvió, disculpándose.

—Perdóneme... una mala costumbre... Pero que me hayan quitado el mío no es razón para que yo le prive a usted del suyo. Tanto más cuanto que tengo ahí un cronómetro del que no tengo queja, y que satisface plenamente mis necesidades.

Sacó del cajón un gran reloj de oro, grueso y confortable, adornado con una pesada cadena.

—Y este, ¿de qué bolsillo viene? —preguntó Ganimard.

Arsène Lupin examinó negligentemente las iniciales.

—J. B.... ¿Quién diablos podrá ser?... ¡Ah, sí, ya recuerdo, Jules Bouvier, mi juez de instrucción, un hombre encantador...

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE**  
**DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**